

Por eso era que al llevarlo ya mancebo al *Calmeac*, le deseaban como supremo bien, que saliese de allí ya adiestrado en el manejo de las armas para que fuese á morir en la guerra por su dios. Y por eso era en fin, que á los muertos en la guerra les daban por mansion eterna, no el tenebroso *Mictlan*, sino el espléndido sol, el mismo *Tonatiuh*.

Y para afirmar este dominio, aprovechando grandes calamidades y fingiendo enojos de sus dioses, hicieron celebrar el famoso pacto de la guerra sagrada entre México, Tlaxcalla y Huexotzincó, por el cual periódicamente salían esos pueblos á combate, no para adquirir glorias ni conquistar tierras, sino únicamente para hacer prisioneros que ofrecer á sus dioses, y así aplacar sus divinos enojos. De ahí vino, según nos cuentan las crónicas, que se empeñasen los guerreros en las batallas, no en herir y matar á sus contrarios, sino en hacer el mayor número de prisioneros para ofrecerlos á las aras del dios. En el geroglífico del Museo, vemos la sorpresa del rey colhua, cuando los aztecas le presentaron en *tenates*, las orejas que habían cortado á los xochimilca prisioneros. Y era el hacer prisioneros para el dios, el modo de ascender en el ejército tenochca, y de usar mayores distintivos. El valiente que había cautivado á dos enemigos, usaba un traje de algodón rayado, su *maquáhuil*, su *chimalli* rayado á semejanza del traje, un gorro sin plumas terminado en punta, y una manta con cenefa sencilla de rayas. El que había cautivado á tres enemigos, usaba el peinado rojo y con plumas, y su manta era bordada. El que cautivaba á cuatro enemigos, usaba manta listada de negro y naranjado con cenefa, y se cubría con una piel de tigre, por lo que se llamaba *Ocólótl*, que era ya gran dignidad en la milicia. Así, según nos indican los geroglíficos del código Mendocino, tan sólo el servicio del dios era camino para llegar á los altos puestos de la milicia, como la guerra no tenía otro objeto que la honra y la gloria de la divinidad.

Entonces fué cuando los sacrificios, que eran la ofrenda más propicia, se extendieron en proporción que espanta. Nació el niño y se le clavaban puas de maguey; los esposos se sacrificaban cuatro días antes de consumar el matrimonio, como el rey antes de subir al trono; en los funerales se mataban enanos y servidores; sacrificábanse en el templo, mancebos y vírgenes, ancianos y sacerdotes; y día á día la guerra vomitaba centenares de cautivos sobre los *teocalli*, para que allí se les arrancase el corazón palpitante, dejando rodar su cuerpo ensangrentado por las gradas del *tzacualli*. Y eran tantos los sacrificados, que los sacerdotes ya bañados en sangre, se cansaban; y otros llegaban á ocupar su lugar, y otros, y otros; hasta que el sol se escondía entre sangrientos vapores.

El Sr. Ramírez hacía notar un hecho para él extraordinario: que los me-

xicanos en sus dos siglos de existencia jamás se rebelaron contra sus señores. ¿Y cómo, si la rebelión es la aspiración de un pueblo á la libertad, al progreso, á la conquista de las ideas, y los sacerdotes se habían apoderado de todo lo que el pueblo tenía, no dejándole más ambición que deramar la sangre ajena y su sangre propia por el dios y para el sacerdocio?

México era una laguna de sangre, en donde se ahogaban la familia, la sociedad, las magistraturas y los reyes, y en la cual solamente sobrenadaba lúgubre y espantosa la figura negra del *Teotecuhli*, del señor del dios!

### CAPÍTULO III.

Tonacateuhli.—Tezcatlipoca.—Quetzalcoatl.—Tradiciones nahoas.—Mitos astronómicos.—La civilización del Norte y la del Sur.—Los tlalalteca.—Los palencanos.—Los mayas.—Los meca.—Emigraciones.

Conocemos con el nombre de raza nahoá ó *náhuatl*, á la compuesta de los pueblos ó nacionalidades que hablaban el idioma que verdaderamente se llama *náhuatl*, pero que generalmente se conoce con el nombre de mexicano por haber sido la lengua del último imperio poderoso de la raza, el imperio de México. De muy antigua edad databa la existencia de la nacionalidad nahoá.<sup>1</sup> Recordaba como su primer edad cosmogónica, como el primer gran cataclismo de la humanidad el *Atonatiuh* ó sol de agua, en que la tierra fué inundada, y perecieron todos los hombres, ménos un par que se salvó en el tronco de un ahuehuete. El relato bíblico nos recuerda este cataclismo en el diluvio, y la ciencia lo refiere á la separación de los continentes y hundimiento de la Atlántida. Conservaban un segundo recuerdo de época muy remota, pues según sus tradiciones y pinturas, pereció segunda vez la humanidad por grandes tempestades de nieve, salvándose entonces también un par en el centro de una gruta: fué esta segunda calamidad el *Ehecatonatiuh* ó sol de aire, y corresponde á la época glacial. El tercer cataclismo, igualmente de fecha muy lejana, fué el *Tletonatiuh* ó sol de fuego, que corresponde á la época de las grandes erupciones volcánicas, cuyas huellas de edad inmemorial, se ven por donde quiera en el país. Muéstrase la antigüedad del hombre en México, por haberse encontrado rastros de su existencia entre los innumerables depósitos

<sup>1</sup> Véase mi Estudio arqueológico sobre la Piedra del Sol.



fósiles de elefantes que se han descubierto en diferentes direcciones, y que corresponden á época tan remota, que no solamente ya no existían restos de la raza en las épocas históricas, sino que hasta su recuerdo se había perdido; al grado de que los cronistas españoles tuvieron esos fósiles por huesos de gigantes. Y aún los mismos indígenas conservaban la fábula de los gigantes *quinamétzin*, primeros habitantes del país, á quienes en un convite embriagaron y destruyeron los ulmea. El geroglífico del códice Vaticano que representa el *Atonatiuh*, coloca á su pié la muerte de los *quinamétzin*, significándola con un gigante tendido y ya sin vida; y la ciencia moderna da razones muy satisfactorias de que la existencia de los paquidermos debió tener por causa principal la rotura de los continentes, es decir, el *Atonatiuh*.

Pruebas concluyentes son éstas, de la antigüedad de los recuerdos y de las tradiciones, y por consiguiente de la antigüedad de la raza nahoa. Si hubiéramos de crear los anales geroglíficos de sus soles ó cataclismos, ellos solos abrazarían un periodo de más de 18,000 años; pero ni sabemos cómo en el principio contaron esos pueblos sus años, y debe desconfiarse siempre de la cronología religiosa, pues sabido es que los sacerdotes de todas las naciones de la antigüedad, por vano orgullo dieron miles de años de existencia á sus dioses. Y tampoco debemos dar crédito á la cronología de los cronistas españoles, pues éstos, con un espíritu cristiano y queriendo concordar ciertos hechos de la historia de los indios con algunos semejantes del relato bíblico, acertaron extremadamente los periodos sin dar siquiera las causas de esa variación. Por fortuna existen monumentos que resuelven cuestión tan importante, y que dan de antigüedad á la raza nahoa una cifra de años casi igual á la que para la raza cofta dan los monumentos egipcios.

¿Cuáles pudieron ser las ideas religiosas de aquella raza primitiva? ¿Pudo alcanzar desde luego la existencia de un solo Dios? Evidentemente que no. Los pueblos primitivos, como el niño al nacer, no pudieron tener otra ciencia que el instinto de su conservación. Encontráronse como lanzados en medio de la tierra sin abrigo y sin amparo, y cuanto los rodeaba era un elemento de destrucción. No sabían fabricar un techo que los librase de los rayos del sol, de la lluvia de los cielos y del fuego de las nubes; y nubes, sol y cielos fueron sus primeros enemigos, y buscaron por habitación las cavernas adónde el sol no se asomaba y desde donde no se veía el cielo. No sabían vestirse; y el aire, el calor, la lluvia y las nieves, eran para ellos otros tantos enemigos de muerte. No sabían hacer productiva á la tierra, que en sus erupciones vomitaba sobre ellos granizadas de peñascos y torrentes de lava ardiente, y enemiga también era la

tierra. Aire, agua, fuego y tierra eran sus mortales enemigos. El río que más tarde debía mover sus molinos y regar sus campos, y ser comunicación fácil para su comercio, era sin puentes lecho de muerte y corriente que sólo arrastraba cadáveres. No podían sustentarse sino de los frutos de los árboles, y al ir á tomarlos, se encontraban con la escondida y venenosa serpiente ó con el feroz tigre que iba á atacarlos en sus mismas cavernas. Figurémonos á la humanidad pobre, desnuda, hambrienta, débil y angustiada, sin un vestido que cubra sus miembros, sin un techo que abrigue su frente, sin un manjar que poner en sus labios; azotada por el viento y por la nieve, aterida de frío, y sin una luz que alumbrase sus pavorosas veladas, viendo tan sólo entre temor y espanto asomarse á la entrada de su gruta los ojos fosforescentes de la fiera que iba á desgarrar sus miembros y á devorar á sus tiernos hijos; ¿y pudiera creerse por un momento que esos seres miserables habían de levantar su espíritu abatido á pensar en un Dios, á crear la más sublime de las ideas que habitan en el cerebro humano, y en la bóveda del firmamento ese otro cerebro del infinito? Tanto sería pedir que en medio de las tinieblas de la noche brotara el sol esplendoroso.

No; la historia de la humanidad tiene una lógica inflexible. Cuando encuentra un obstáculo, lo primero es vencerlo; y en eso emplea ante todo sus fuerzas físicas y sus fuerzas intelectuales. Frotar dos palos uno con otro para hacer fuego y luz; y de aquí tener al fuego como su primera divinidad; y hacer de este hecho la primera y más solemne festividad de su ciclo; y hacer del fuego el señor dios del año. Tomar la piedra misma que el volcán había arrojado para destruirla, y hacer de la piedra lanzas y flechas para defenderse de las fieras, y al matarlas encontrar su carne para alimentarse y sus pieles para vestirse. Vencidas las fieras, sale de las cavernas, recorre sitios pintorescos, ve diferentes objetos y según ellos, se multiplican los nombres y forma el idioma. Ocupa el terreno y construye la choza y labra la tierra. Y entonces su espíritu se lanza á otras ideas y á otras regiones; su alma habla y crea sus dioses. Acaso se fija para sus divinidades en los mismos monstruos de la tierra, y son animales ó plantas sus primeros dioses, como sucedió con la raza monosilábica primitiva ántes de los nahoas, y en el Egipto, en el que persistió la primera adoración de los animales aún después del adelanto de su religión; ó acaso, más levantada de ánimo se eleva á los astros, como los nahoas, y de ellos forma sus dioses; pero nunca comprende al Dios, sino después de un largo periodo de progreso moral é intelectual, que necesita trascurso de siglos para su desarrollo. Si los egipcios llegaron á alcanzar ese conocimiento, lo ocultaron en el santuario de sus templos; y cuando el hierofante Orsasiph,



llamado Moisés, llevó sus secretos á otra tierra de promision, jamas pronunciaron los sacerdotes el nombre de Jehová sino en medio del ruido de sonoros instrumentos, para que el nombré sagrado no se oyese.

A los nahoas los encontramos, pasado su primer cataclismo el *Atonatiuh*, instalados ya en la parte occidental de nuestro territorio norte, extendiéndose sobre toda la costa del mar Bermejo que llamamos golfo de California, hasta lo que es hoy Nuevo México, Chihuahua, Zacatecas y Coahuila. Así lo demuestran en perfecta consonancia las ruinas que en esos parajes existen, y los dialectos indígenas que en ellos se hablan, todos derivados de la lengua nahoas, si no es uno que otro perteneciente á lenguas primitivas y anteriores. Pero el centro de la civilizacion de esa época prehistórica de los nahoas, colócanlo las crónicas en el antiguo imperio de *Huehuetlapálan*, que quiere decir la antigua ciudad bermeja, y que se extendía en las regiones que baña el rio Colorado, bajando por la playa del mar en lo que hoy es el Estado de Sonora, y áun por el de Sinaloa, cuya capital es Culiacan, la famosa Culhuacan de las tradiciones. El esplendor del cielo en aquellas regiones debió producir, como produjo, una religion astronómica.

El sol debió ser y fué su principal dios. Creyeronlo naturalmente, como muchos pueblos de la antigüedad, el sér sobrenatural que los alimentaba y que les daba vida. Llamaron á este dios *Tonacatecuhtli*, que significa expresivamente *el señor de nuestra carne*. El fué el que creó al primer hombre *Cipactli* y á la primera mujer *Oxomoco*, que fueron los inventores del calendario, segun la tradicion. Pero *Cipactli*, como lo da á entender su nombre, era algo más; era la primera luz de arriba, el primer rayo del sol que cayó sobre la tierra ántes sumergida en profundas tinieblas; y *Oxomoco*, segun su etimología, era la misma tierra: y unidos los dos eran el sol y la tierra produciendo el tiempo, el día y la noche, la luz y las tinieblas. Por eso en el geroglífico del códice Vaticano se ve á *Tonacatecuhtli* sentado en una silla señorial, levantando la mano y creando á *Cipactli* en forma extraña como rayo de luz; y á *Cipactli* y á *Oxomoco* cobijados bajo una misma manta, produciendo la flecha del tiempo, la flecha del *Nahui Ollin*, del sol en sus cuatro movimientos anuales. El sol como astro se llama *Tonatiuh*, elipsis de *Tonacatecuhtli*; al producir el tiempo en su carrera aparente *Nahui Ollin*; y *Cipactli* como luz, como el primer día de la creacion, como la primera criatura, como el primer día del año; pero como dios que nos da la luz y que nos alimenta, que es el señor de nuestra carne, se llama siempre *Tonacatecuhtli*. Él es tan necesario á la vida y dios tan principal, que la humanidad concluyó con él en las tres épocas cosmogónicas, *Atonatiuh*, *Ehecatonatiuh* y *Tletonatiuh*, y estas épocas se llaman soles. De ahí vino la creencia de los mexi-

canos de que debía destruirse el mundo cuando el sol ya no saliese; y temíanlo al concluir cada uno de sus ciclos de cincuenta y dos años; y por eso era el romper en la última noche del ciclo, dioses y atavíos, trastos y ropas, como cosa ya inútil para la vida que se acababa; hasta que encendido el fuego nuevo, salía á la mañana siguiente el astro *Tonatiuh*.

Adorábanlo los nahoas desde que salía lleno de luz y de llamas por el Oriente, acompañado de los guerreros tigres ú *océlotl* muertos en la guerra, que en él vivían, y cuya semejanza tomaba; cerníase deslumbrante sobre el zenit con garras de águila; y acompañado de las matronas muertas en su primer alumbramiento, y que tambien vivían en el sol, se precipitaba dentro de la tierra, y se convertía en el *Miclantecuhtli*, en el señor de los muertos. La figura primera de la lámina primera del Apéndice, representa al *Tonacatecuhtli*: se ve negro porque está pintado con el *ulli* sagrado de los sacerdotes y de los dioses, sus adornos son astros, y tiene detras del tocado el abanico del dios de los muertos; en la mano derecha empuña en alto un ojo *ixi* con una estrella sobre el disco del mismo sol, que nos da el *Cipactli*, la luz de arriba. En la izquierda tiene una mazorca, porque él alimenta y da el sustento á los hombres. Es el dios que nos da la luz y la vida, el señor de nuestra carne, el *Tonacatecuhtli*.

No fué el sol el único astro que como deidad importante tuvieron los nahoas. La luna tambien, astro misterioso de la noche, debió causar honda impresion en el espíritu de aquel pueblo poético y sencillo, é hízola uno de sus principales dioses, que allá en el principio de su teogonía compartió con el *Tonatiuh* la adoracion de aquellos pueblos. No la tuvieron por entónces por deidad tan grande y poderosa como el sol, que era el señor de nuestra carne, el que daba luz y vida; y se limitaron al imponerle nombre, á expresar por medio de la palabra cuál era el aspecto físico del astro. La luna llena cuando asoma por el Oriente, parece un grande espejo redondo; su color se mira oscuro y opaco, y no brillante y deslumbrador como el del sol; y parece como que de sí despide humo y vapores. De ahí nació que los nahoas nombraran á la luna *Tezcatlipoca*, que quiere decir *espejo negro que humea*. En la primera lámina del *Tonalámatl*, el dios *Tezcatlipoca* tiene á su diestra el símbolo que lo caracteriza, y es un espejo oscuro rodeado de las lengüetas que en la escritura geroglífica significan *popoca* ó humo.

Deidad muy principal de los nahoas fué tambien la estrella de la tarde, que en la mitología greco-romana se llama Vénus. Colocado el imperio tlalteca á orillas del Pacífico, no nació su deidad como la Aphrodite jonia de la espuma de los mares; hundíase en ellos, como siguiendo al sol, en los primeros momentos de la noche; y al mirarse flotar sobre las aguas,